

El grupo de pares en la construcción masculina de jóvenes de clases subalternas

Fernando Urrea Giraldo¹

A modo de introducción

Los grupos de pares juveniles en las clases subalternas² en la sociedad capitalista entre los siglos XIX y XX forman parte de la construcción del imaginario social sobre la juventud como ciclo de vida que separa la infancia de la vida adulta. La historiografía europea, especialmente francesa, sobre la juventud permite seguir esta pista. Primero, hay que señalar que la llamada juventud ha conllevado una ambigüedad en términos de exaltación y rechazo de parte de las clases altas, en cuanto categoría sociohistórica, tal como lo advierten Levi y Schmitt (1996: 7). Es una etapa de la vida que carga con muchas significaciones simbólicas, de promesas y amenazas respecto al orden social. Su carácter liminal y de rito de pasaje conflictivo se acentúa en las sociedades capitalistas en los siglos XIX y XX.

En las diferentes sociedades en Occidente lo que se ha construido socialmente como juventud, con las variaciones socio-históricas correspondientes, ha tenido dos tipos de referentes ambivalentes: uno que exalta una serie de características positivas de la etapa juvenil (a veces el heroísmo, la fogosidad, la valentía, la entrega, etc.), el otro que señala los peligros y amenazas de los comportamientos juveniles debido a las prácticas de rechazo y enfrentamiento a la sociedad “adulta” que pueden tener los “jóvenes”, clasificados en las sociedades modernas en gran medida como “delincuenciales”, pero siempre en determinados contextos de clase, grupo “étnico-racial”, nacionalidad u origen.

Según Levi y Schmitt (op. cit.: 15), los términos infancia, adolescencia y juventud no van a tener el mismo sentido en las diferentes sociedades en Occidente entre los siglos XVI y XX. En los siglos XVI y XVII la frontera entre las llamadas infancia y juventud no era aún clara, ya que no existía socialmente el reconocimiento de lo que en el capitalismo en los siglos XIX y XX va a ser denominado adolescencia (Schindler, 1996: 280-281). Aunque esta última expresión ya era usada en el siglo XVI, se confundía todavía con lo que más adelante se construirá como infancia. Por el contrario, en las sociedades modernas la llamada adolescencia se va a ir

¹ / Sociólogo, Profesor Titular del Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, Colombia. En la elaboración de esta ponencia han colaborado en la revisión y discusión de notas de dos trabajos de campo anteriores, así como en el trabajo de edición, los estudiantes de sociología de la Universidad del Valle, Hernán Darío Herrera y Jorge Mario Cardona. Los textos en francés han tenido traducción libre por F. Urrea.

² / En este artículo se hacen equivalentes los términos de clases populares al de clases subalternas o dominadas en la perspectiva gramsciana. Se integra también en la misma acepción lo que en Hoggart (1970) se denomina en inglés como *working-classes*. Sin desconocer la enorme heterogeneidad social de las clases populares, me acogería provisionalmente a dos acercamientos opuestos pero al mismo tiempo complementarios, el de Bourdieu (1983) y Grignon y Passeron (1989), de su caracterización como clases dominadas, tanto en el campo económico como en el cultural.

especificando formando parte de la juventud³, asumiéndose paulatinamente ésta como una fase distinta entre la infancia y la edad adulta (op.cit.: 281).

Disciplinamiento, juventud y grupo de pares

Pero este proceso de producción social de categoría de ciclo de vida se irá a dar a partir de la escolaridad obligatoria y del servicio militar por conscripción entre el siglo XIX y XX (op. cit.: 282)⁴, a la manera de instituciones que los Estados consolidan en la dirección del disciplinamiento de las clases populares⁵.

No obstante, el programa civilizador enfrentó grandes obstáculos en la socialización de las nuevas generaciones obreras, debido a dinámicas opuestas de sociabilidades que no aceptaban la disciplina laboral y escolar, sobre todo cuando se produce la separación geográfica a lo largo del siglo XX, entre la residencia operaria (barrios) y el sitio de trabajo (fábricas, establecimientos comerciales, financieros, de servicios especializados, etc.). La antigua enorme influencia socializadora de la familia obrera en los barrios satélites a las fábricas, predominante en el anterior modelo de asentamientos, se diluye, sin perderse del todo necesariamente, ante la nueva geografía urbana con la desterritorialización de las fábricas o empresas. Aparece entonces la figura del joven obrero que dispone de su tiempo libre a su antojo, al lado de sus pares de modo más autónomo. De esta manera aumenta la importancia de los espacios de sociabilidad, diferenciados por género, más centrípetos en torno al espacio residencial como el grupo de amigos barrial para las nuevas generaciones masculinas de las clases populares.

A lo largo del siglo XIX hasta bien entrado el XX, la juventud de las clases populares urbanas en las sociedades capitalistas estaba así asociada al desorden. Sólo en el siglo XX, especialmente a partir de la segunda posguerra, con la expansión del modelo de consumo de masas, progresivamente va a imponerse la ideología del sueño de la eterna juventud del mundo adulto, aislando a la “verdadera juventud” en un ghetto a la vez cultural e industrial (op. cit.: 318).

³ / Términos hoy en día usados como primera y segunda infancia, preadolescencia, adolescencia y adultos jóvenes, revelan los importantes cambios que el psicoanálisis y la psicología han acuñado en el siglo XX para estudiar los fenómenos de individuación y socialización en las sociedades contemporáneas y las nuevas formas de producción de subjetividades cambiantes -que han contribuido a la demarcación “científica” de las categorías de tránsito - entre infancia y vida adulta. Sin embargo, las categorías (niño y adolescente) ya venían siendo incubadas entre las clases medias y altas a lo largo de los siglos XVIII y XIX, mediante los nuevos modelos pedagógicos que se construyen alrededor de la niñez. Fue a partir de la hegemonía de la ideología del amor romántico en la organización familiar que se legitima el mundo del infante y luego el del adolescente, primero en la burguesía y luego paulatinamente en las clases populares, pero para ello más adelante en los siglos XIX y XX aparecen un conjunto de nuevas condiciones que imponen los procesos de modernización y modernidad capitalistas.

⁴ / Antes de la expansión del sistema escolar la llamada juventud era marcada en su límite superior por el matrimonio y la fundación de un hogar independiente de la familia de origen (op. cit. 283).

⁵ / El servicio militar se constituye en el principal medio disciplinador para la “juventud difícil”, al fracasar la familia, el trabajo y la escuela (Perrot, 1996: 99).

Clases peligrosas y juventud tuvieron una especial asociación en los discursos ideológicos de la sociedad francesa durante el siglo XIX, de acuerdo a la detallada obra del historiador Louis Chevalier (1978), antes del desarrollo de un sistema escolar. De esta forma ya en las fases tempranas del capitalismo violencia y juventud masculina son fácilmente puestas juntas en los discursos oficiales. Interesa en esto tener en cuenta que “violencia” y “delincuencia” tenían que ver con los esfuerzos fallidos de control social dirigido a las nuevas generaciones de las clases populares o subalternas mediante la institución familiar, la disciplina laboral y el sistema carcelario. Como veremos a continuación el fantasma de bandas o pandillas de jóvenes adolescentes e incluso preadolescentes atormentó a las clases altas en Francia hasta entrado el siglo XX.

Según Perrot (1996: 88 y s.s.), hacia comienzos del siglo XX, los jóvenes obreros de la periferia urbana parisina, organizados en bandas desafiaban el orden capitalista industrial de la ciudad. Era el período del personaje popular del joven de barriada “apache” en grupos de pares que despreciaban el trabajo asalariado y la condición proletaria de sus padres. La fábrica y la pobreza extrema y excluyente eran su terror. Tenían deseos de consumos de lujo, como el vestido, el calzado y la apariencia personal. París estaba “asediada” por bandas de apaches adolescentes. Ellas eran la representación de lo que se va construyendo desde inicios del siglo XX como “violencia y delincuencia juvenil”. Los “apaches” se identificaban como bandidos y la fuerza física era uno de sus atributos; sin embargo, el autor señala, que el papel de la prensa parisina fue determinante en la producción ideológica del estereotipo.

Para Perrot la banda - según se denominaba al grupo de iguales o de pares masculino en esa época en París - es tradicionalmente el crisol de una sociabilidad juvenil intensa. Ella se forma según las afinidades del oficio, de barrio o de origen. Los camaradas (de la banda) representaban en este asunto un particularismo receloso que se acentuaba con el tiempo, jugándose en todo momento el capital de honor de cada uno (op. cit: 120). Eran jóvenes obreros que ejercían una violencia que mezclaba el gusto por la rudeza física y el deseo por la proeza, en cierta manera como mecanismo que libera el cuerpo constreñido por los gestos del trabajo. La competencia por mujeres en los bailes era menos para conseguir una chica que para probar entre el grupo la mejor capacidad de conquistar. Los espacios de diversión eran terrenos de disputa, al punto que para estos jóvenes importaban más que las preocupaciones políticas (op.cit.: 121).

Las descripciones sobre la población urbana miserable en Europa en el siglo XIX y comienzos del XX, compuesta de migrantes recientes en buena medida, señalan la presencia de bandas de jóvenes con fuertes lazos de solidaridad entre ellos que deambulan en espacios urbanos amenazando la tranquilidad, según lo advierten diferentes historiadores, algunos de ellos referenciados. En este período ya existía así una visión estigmatizadora de los pobres como peligrosos, especialmente de los que ya no eran niños y tampoco adultos, pero que podían convertirse en una amenaza si conformaban una banda o pandilla.

Por otro lado, en términos de género en la sociedad parisina de comienzos del siglo XX las chicas de las clases populares presentaban todos los handicaps sociales y sexuales. Para este autor ellas tenían pocas posibilidades de transformar sus destinos y alcanzar así los espacios de autonomía que lograban los chicos al perder influencia la esfera familiar, no obstante el intenso proceso de proletarización femenina. Aún el sistema escolar en sus primeras etapas de expansión era un espacio masculino privilegiado, bien lejos de la situación contemporánea. Además, la violencia contra la mujer joven de las clases subalternas parisinas de parte de sus hombres era muy común para garantizar de ellas la adscripción a las tareas domésticas y afectivas con los hombres (op. cit.: 134).

Sociabilidades barriales como marcador de los grupos jóvenes en las clases subalternas

Durante el siglo XX el desarrollo capitalista en las ciudades consolidaron paulatinamente barrios y conglomerados urbanos de las clases subalternas (inicialmente en zonas céntricas, luego en la periferia o en ciudades dormitorio) que se convirtieron en los principales espacios de sociabilidad de las nuevas generaciones de hombres de estas clases. En estos espacios ‘cerrados’, más o menos segregados dependiendo del tipo de sociedad y modalidades de inserción de las clases subalternas –nacionalidad, religión, étnico-racial, origen geográfico, etc.–, se forman las nuevas generaciones masculinas constituyendo espontáneamente redes de grupos de pares con lazos extra-domésticos, como ya fue descrito en forma minuciosa por los diferentes estudios clásicos de la Escuela de Chicago para diversas ciudades americanas entre los años veinte y cuarenta - el de Whyte (1943) entre los más representativos - sobre jóvenes de sectores “étnicos urbanos”⁶, o en los estudios sobre las ciudades francesas a partir de las décadas del 70 y 80, cuando aparecen una serie de cohortes de jóvenes, hijos de inmigrantes de primera o segunda generación en su mayor parte magrebíes y de los países subsaharianos (Dubet, 1987; Gendrot; 1994; Lagrange, 1995).

Hoggart (1970 : 98–113), en su etnografía clásica de las clases obreras o populares en el noreste de Inglaterra, hacia la segunda postguerra durante el siglo XX, describe un cuadro típico del barrio, que nos remite hoy en día a cualquier barriada popular contemporánea en América Latina o en otros continentes. “Por encerrada en su intimidad que se mire cualquier residencia de un barrio popular, no hay que olvidar que la sala abre directamente sobre la calle (...)... el aspecto compacto de los barrios populares no genera sino impresión de tristeza; calles seguidas de calles con casas en condiciones lamentables, todas iguales”⁷,

⁶ / cf. Thrasher (1963, 1927), Landesco (1979, 1929), Reckless (1969, 1933), Shaw (1966, 1930), Shaw y Mckay (1969, 1942) y Whyte (1955, 1943).

⁷ / Quizás la mayor diferencia en el caso de las periferias pobres latinoamericanas, africanas o asiáticas en el siglo XX y hoy en día, sea el mayor peso de la autoconstrucción y la precariedad de los materiales de construcción, además del alto peso de las ocupaciones “ilegales” (invasiones, favelas, pueblos libres, etc. diversas denominaciones), relacionado dicho fenómeno con los

separadas por una red de “corredores” y “pasajes” (de hecho sórdidas callejuelas) (.....) Los niños, que parecen siempre mal nutridos y mal vestidos, tienen un aire de miseria, de seres que carecen de sol y espacios verdes⁸(....) *Desde la edad de 10 años nos conocíamos perfectamente, mis camaradas y yo, los estatus respectivos de todas las calles del barrio así como las fronteras separando cada terreno de caza. Las bandas de jóvenes se peleaban calle contra calle, tribu contra tribu.* Al mismo tiempo, en un barrio popular, todo el mundo sabe de todo el mundo(....) *La vida de los obreros reposa sobre la comunidad local(.....) Para los asuntos cotidianos, es suficiente “descender” o “ir al frente”.* Casi toda calle posee una tienda o pequeño negocio y un puesto de periódicos cuyas vitrinas están repletas de objetos bien diferentes en miscelánea” (las cursivas son mías).

La anterior descripción permite resaltar las características cerradas o envolventes en forma centrípeta de las interacciones cotidianas en una barriada, afirmando la dinámica de lo que el autor denomina una *comunidad local*. Esto es determinante en los procesos de sociabilidades de todos los grupos de edad, pero particularmente en los niños y los jóvenes, hombres y mujeres, pero como veremos un poco más adelante, más en los hombres que en las mujeres. Este fenómeno microsociológico significa que la mayor parte del año la vida de la gente transcurre en el barrio; de ahí que éste sea el cuadro central de referencia en términos de Goffman (1974), para la construcción de las identidades plurales de las clases populares. Hoggart advierte en esta dirección que “los miembros de las clases populares casi nunca viajan, a pesar de los progresos considerables de los medios de comunicación alcanzados después del medio siglo (....) una de las características principales de la vida obrera es que presenta una ínfima cantidad de desplazamientos. Esto le da a la vida (de las clases populares) su aspecto local y personal (....) La vida cotidiana es así organizada alrededor de desplazamientos rutinarios en algunas calles bien conocidas y ella es toda ordenada de acuerdo a las actividades del grupo local”. Por ello, para este autor, la importancia del lugar de residencia y el vecindario son claves en la construcción de las sociabilidades populares (op. cit.: 117).

Esto supone un juego de relaciones de dominación que son irremediamente aceptadas por las clases populares, en la medida en que no hay otra alternativa, como lo advierte Hoggart. “A los ojos de las capas más pobres el mundo de los “otros” constituye un grupo oculto, pero numeroso y poderoso, que dispone de un poder casi discrecional sobre el conjunto de la vida” (op. cit.:118). Este efecto segregativo espacial es fundamental para entender las lógicas sociales urbanas en los jóvenes populares y su percepción del orden dominante. Por esta razón, Hoggart advierte que operan continuamente procesos de resistencia y desafío a ese orden, sobre todo desde los grupos de pares de jóvenes, precisamente bajo

procesos de urbanización salvaje y por lo mismo precaria (sin servicios públicos domiciliarios), en estas sociedades. Pero como se puede observar a través del excelente estudio de Hoggart, desde una mirada reflexiva comparativa, se presentan algunas lógicas centrales del espacio de pobreza de las clases populares en el capitalismo con ciertos elementos estructurales.

⁸ / En los países del trópico y subtropical quizás no falte el sol en los asentamientos urbanos populares, pero sí los espacios verdes.

las diversas modalidades que son percibidas como generadoras de desorden e indisciplina social, como se observa con las bandas o pandillas, además de múltiples expresiones de hombres y mujeres, adultos y jóvenes en sus interacciones cotidianas más frecuentes con funcionarios (policías, miembros de la municipalidad, jueces, médicos, enfermeras, trabajadores sociales, etc.), ya que no tiene un acceso a las clases altas, entre otras cosas porque ellas viven en mundos separados.

Hay así, por ejemplo, el recurso a medios simbólicos de rechazo y desafío a través de diversas manifestaciones. Es decir, existe un campo de tensión en el que las relaciones de dominación no pueden disimularse u ocultarse; lo que para este autor es el juego bipolar entre “ellos” y “nosotros” (op. cit.:117-146). No obstante, “por regla general, este sentimiento de comunidad no se transforma en conciencia de clase”, y por ello las formas de resistencia no afectan el orden de las cosas (op. cit.: 137); de ahí que las expresiones populares que el autor retoma estén señalando un pesado fatalismo: *“tomar la vida como ella viene”, “vivir y dejar vivir”, “lo que va a llegar es porque así debe ser”*.

El anterior es entonces el contexto macro que organiza los procesos de socialización micro entre el mundo de la infancia y el adulto de las clases subalternas, en el que se desarrollan los ritos de pasaje de las “edades jóvenes”. Pero la diferencia de sexo-género además tiende a ser más estricta en las clases populares, lo cual tiene que ver con la dominación masculina (Bourdieu, 1998).

Escolarización y sociabilidades en el ciclo de vida juvenil de las sociedades contemporáneas

El capitalismo contemporáneo ha producido socialmente - en términos masivos en las ciudades de diversas escalas de tamaño, en sus barrios populares pero también en las áreas rurales proletarizadas, sobre todo desde mediados del siglo XX – una población clasificada como “joven”, aunque con variaciones importantes respecto a las etapas anteriores capitalistas durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, gracias a un conjunto de factores sociales que se articulan y oponen al mismo tiempo. Ellos son: a) la escolarización y su expansión a edades cada vez menores a los 5 años y en edades superiores a los 18 años, para hombres y mujeres; b) la presencia de los medios de comunicación de masas en diferentes modalidades y cada vez más sofisticadas, cubriendo a los sectores más pobres de la población urbana y rural; y c) a través de estos últimos y también del sistema escolar, de la inclusión a los patrones de consumo nacionales y transnacionales a las nuevas generaciones.

Estos tres componentes han sido determinantes en las manifestaciones de los grupos de edad en la forma como hoy los conocemos entre la infancia y la sociedad adulta. También hay que considerar que el modelo de consumo cultural del “cuerpo joven” de las sociedades contemporáneas, para hombres y mujeres, que forma parte del estilo de vida de los grupos de edad por encima de los 30-35 años, se articula a los patrones del gusto dominante, más y más desarrollados por

la globalización. Dicho fenómeno ha sido más notorio en las clases medias y altas ya desde la segunda postguerra, aunque tampoco ha sido despreciable en sectores de clases subalternas con mayor recepción a los medios de comunicación.

Pero sería insuficiente si se olvida que la escolarización masiva y progresiva hasta los estudios superiores ha sido ante todo femenina después de los años cincuenta y que en este caso ha estado asociada en las diferentes sociedades capitalistas a la creciente participación laboral de las mujeres. Esto significa una aparición paulatina de trayectorias laborales femeninas al lado de las masculinas, separadas del espacio doméstico, arribando también estos dos procesos a las clases populares, al punto que en ellas, la competencia entre géneros por ingresos para el sostenimiento de los hogares, ha cobrado mayor fuerza, especialmente ante el desempleo de los jefes de hogar nominalmente hombres.

Estos fenómenos van a favorecer la aparición de nuevos espacios de sociabilidades masculinas y femeninas autonomizados del entorno familiar, alrededor de la escuela, pero muy pronto también por fuera de la misma escuela. Las amistades masculinas y femeninas separadas unas de otras, pero de cohortes de edades similares o próximas, por fuera de los lazos familiares tradicionales, relacionadas con la experiencia barrial y escolar, van a tener una importancia creciente en la socialización de tránsito hacia el mundo adulto para las clases subalternas, pues en el caso de las clases medias y altas el fenómeno es bien diferente. Aquí pesan más las sociabilidades desarrolladas por fuera del entorno residencial, gracias a mayores capitales cultural y social, no sólo económico, garantizando así un cosmopolitismo que genera nuevas oportunidades para los individuos, perdiendo fuerza el vecindario. Por ello los grupos de iguales masculinos y femeninos en las clases medias y altas tienden a tener un efecto pasajero, debido a la poca importancia de un espacio barrial estable en la socialización intergeneracional.

Sin embargo, ya no se trata simplemente de las sociabilidades barriales y laborales, típicas en las etapas anteriores, sino que existen dinámicas aceleradoras de tendencias precedentes en las clases populares, gracias al papel del mismo sistema escolar - así éste pierda importancia para los varones de las clases subalternas⁹ - y de los medios masivos de comunicación - sobre todo la televisión y las nuevas tecnologías de comunicación que están entrando paulatinamente en los sectores populares, como el celular- .

⁹ / Para los jóvenes desertores escolares de las clases populares no puede desdeñarse el “efecto generación” de la escolaridad recibida, por lo menos entre 5 y 9 años, bien diferente a las que tuvieron las generaciones obreras o populares de comienzos del siglo XX (menos de tres años de escolaridad). Sin embargo, este efecto debe relativizarse ante la presencia de los grupos de pares como anota Bourdieu (2001, 1983). Es este autor precisamente quien resalta precisamente el papel de lo que denomina “cambios en el modo de generación” entre las cohortes en el tiempo de las clases sociales.

En el caso de los hombres por las características del patrón de dominación masculina, asentado sobre la virilidad y todos los atributos relacionados a ella, al tener un mayor peso las amistades masculinas por fuera del ámbito doméstico y escolar, se constituyen organizaciones informales entre “iguales”, con modalidades jerárquicas de control, las que tienen como papel administrar y regular el capital de honor indispensable en la socialización masculina. Por esta razón, el grupo de pares constituye uno de los dispositivos más efectivos de reproducción de la dominación masculina en las clases subalternas. Pero como ya fue ampliamente anotado en un punto anterior, la aparición del grupo de iguales entre las clases populares de las áreas urbanas en las sociedades capitalistas es muy anterior a la expansión del sistema escolar entre las poblaciones de 6 a 12 años y a su extensión a lo largo del siglo XX, hacia grupos de edades menores y superiores respectivamente.

¿Por qué los grupos de pares son un mecanismo de socialización masculino más importante en las clases subalternas? Una relativización de los efectos del sistema escolar en estas clases

En las diferentes sociedades capitalistas, precedentes y contemporáneas, los procesos de urbanización están inscritos en dinámicas de segregación residencial según diferentes etapas históricas, en las que se inscriben las distintas clases sociales de las diversas sociedades, ya sean de economías centrales o periféricas. Los grupos sociales más pobres enfrentan una segregación territorial urbana mayor, tal como lo registramos a través de la obra clásica de Hoggart en un apartado anterior, con sociabilidades fundamentalmente barriales, a diferencia de los grupos de clases medias y altas.

Esto nos conduce al terreno de la dimensión de clase y las condiciones de exclusión social que rodean las sociabilidades masculinas y femeninas de los jóvenes procedentes de hogares con el menor capital económico y cultural, y las formas de organización que ellos conforman. Mientras los hombres jóvenes van a conformar grupos más o menos jerárquicos alrededor del capital de honor de la virilidad, las amistades femeninas van a moverse en una esfera “privada” de solidaridades más afectivas, sin que en este caso les implique participar en grupos de “iguales” que tienden a ser cerrados, sino en redes de alianzas o intercambios abiertos.

Por ello, la otra dimensión que complejiza e intensifica la desigualdad entre clases es el grupo de edad y su asociación con un ciclo de vida. Es el caso de las poblaciones de niños y jóvenes de las clases subalternas y que son llamadas en las sociedades capitalistas contemporáneas ‘población de segunda infancia’ (6 a 9 años), ‘preadolescente’ (10 a 14), ‘adolescente’ (15 a 18) y ‘joven’ (19 a 25). En estas clases, dichos grupos de edad han sido durante las últimas tres décadas un problema de control social, debido a la debilidad de la institución familiar y del sistema escolar, y a un modelo laboral precario para garantizar su paulatina inserción a la sociedad mayor; lo que se agrava en las áreas urbanas segregadas de mayor pobreza y exclusión.

Lo anterior es principalmente válido para los grupos juveniles masculinos de las clases subalternas, de modo similar a lo que enfrentaron las generaciones de jóvenes precedentes a lo largo de los siglos XIX y XX de clases similares, como antes se señaló, puesto que tienen mayores problemas de inserción a la sociedad dominante y ofrecen una especial resistencia al disciplinamiento debido a sus condiciones de exclusión social (Dubet, op. cit.; Castro, 1999). Por otra parte, diversos estudios señalan que los grupos de pares en las sociedades contemporáneas tienden a tener un mayor peso en los sectores populares (Duret, 1996: 90), con una intensa participación en las sociabilidades juveniles y, por lo mismo, en la dinámica socializadora.

Los grupos de iguales han sido soportes básicos de la socialización de la población joven masculina en las clases subalternas, debido a dos poderosos factores: a) la alta probabilidad en términos demográficos de que compartan en una misma calle o calles del vecindario los mismos individuos varones desde la infancia, configurando cohortes de edad con trayectorias biográficas cercanas (Duret, 1996: 99; Espinoza, 1999) ; y b) la reducida existencia de desplazamientos por fuera del espacio barrial de estos jóvenes (Duret, 1996: 99 y 103). Según este autor, “la amistad ligada a la proximidad en la edad, asociada a la vez en una débil movilidad espacial, va a permitir a los compañeros [*grands frères*] conservar una fuerte proporción de amigos de infancia”. Estos hallazgos son similares a los de Hoggart, antes mencionados.

A medida que aumentan las condiciones de pobreza en las sociedades capitalistas, para los diversos países en procesos de transición demográfica, las poblaciones son más jóvenes y masculinas. Dicho factor sociodemográfico, de una sobre concentración masculina de población menor de 20 años, en las clases populares, incide considerablemente en la competencia entre los varones jóvenes, favoreciendo episodios de violencia a través de organizaciones grupales espontáneas, tal como ha sido señalado por Urrea y Quintín (2000). ***En este contexto sociodemográfico y socioeconómico un grupo de pares es un espacio privilegiado de sociabilidades masculinas de orden grupal y jerarquizado en su interior - compitiendo y muchas veces en conflicto con las instituciones de la familia, la escuela y el trabajo, pero acorde con las representaciones idealizadas de figuras masculinas y sus consumos a través de los medios de comunicación -, que permite hacer la transición del mundo de la infancia al adulto entre hombres de cohortes de edades próximas, para diversas clases sociales, pero ante todo para las clases populares.*** Así el factor sociodemográfico puesto de relieve constituye una condición básica para explicar lo que sucede con las clases dominadas.

Bourdieu (2001: 141, 1983), ya había advertido que es mucho más poderosa la influencia del grupo de pares en los procesos de “socialización de tránsito”, especialmente en la fase adolescente, a medida que estamos en presencia de menores capitales cultural y económico, transmitidos por el grupo familiar. “Es evidente que para los hombres, *y entre ellos los más jóvenes y los menos integrados, actualmente y sobre todo potencialmente, en el orden económico y*

social, como los adolescentes descendientes de familias de inmigrantes, se reconoce el rechazo más marcado a la sumisión y a la docilidad que implica la adopción a las maneras del hablar legítimas. La moral de la fuerza que encuentra su cumplimiento en el culto a la violencia y los juegos cuasi suicidas de moto, alcohol o drogas duras – en los que se afirma la relación de un porvenir de aquellos que no tienen futuro - es sin duda una manera de hacer de tripas corazón (.....) La moral que constituye la trasgresión en deber impone una resistencia atada a las normas oficiales, lingüísticas o de otra clase, que no puede ser sostenida en permanencia sino al precio de una tensión extraordinaria y, ante todo para los adolescentes, con el refuerzo constante del grupo. Como el realismo popular, que supone y produce el ajuste de las esperanzas en los chances, ella (la trasgresión) constituye un mecanismo de defensa y sobrevivencia: aquellos que son obligados a colocarse por fuera de la ley para obtener las satisfacciones que otros obtienen en los límites de la legalidad no tienen más que el costo de la revuelta. (.....) En cuanto al efecto de la generación, él se confunde en lo esencial con el efecto de los cambios del modo de generación, es decir, del acceso al sistema escolar, que representa sin duda alguna el más importante de los factores de diferenciación entre las edades. Sin embargo, no es cierto que la acción escolar ejerza el efecto homogenizador de las competencias lingüísticas que ella asigna y que se tiene siempre tentado a imputarle. Primero, porque las normas escolares de expresión, cuando ellas son aceptadas, pueden quedar circunscritas en su aplicación, a las producciones escolares, orales y sobre todo escritas; segundo, porque la escuela tiende a distribuir los alumnos en clases también homogéneas en lo posible bajo criterios escolares, y, (tercero) correlativamente, desde el punto de vista de los criterios sociales, por cuanto el grupo de pares tiende a ejercer efectos, a medida que se desciende en la jerarquía social de los establecimientos y secciones, por lo tanto de los orígenes sociales, que se oponen más y más fuertemente a los que la acción pedagógica puede producir; en fin, porque paradójicamente creándose grupos durables y homogéneos de adolescentes en ruptura con el sistema escolar y, a través de él, con el orden social, y lugares en situación de cuasi inactividad e irresponsabilidad prolongada, las secciones de relegación a las cuales son inmersos los niños de las clases más desfavorecidas – especialmente los hijos de inmigrantes, sobre todo magrebíes – han sin duda contribuido a producir las condiciones más favorables a la elaboración de una suerte de “cultura delincuente”, que se expresa entre otras manifestaciones a través del lenguaje hablado en ruptura con las normas de la lengua legítima” (op. cit.: 143-144, cursivas mías).

Por supuesto, es posible que algunos grupos evolucionen hacia una mayor estabilidad o permanencia en el tiempo y también incluyan ‘jóvenes adultos’ hasta edades cercanas a los 30 años. Ello revela una enorme flexibilidad y fluidez del llamado grupo de iguales, dependiendo entre otras cosas de su papel no sólo de espacio de sociabilidad masculina privilegiado, sino también que se vaya constituyendo en un mecanismo para la generación de ingresos a través de actividades de rebusque, algunas ilícitas o que comportan una marginalidad respecto al orden social capitalista. Aquí se observa algo similar a situaciones históricas del capitalismo anteriores: entre el rechazo al trabajo asalariado, en

medio de difíciles opciones de integración a un mercado de trabajo que permita alguna movilidad, debido al aumento de las condiciones de capital cultural y la precariedad en los empleos, y las alternativas de actividades “fáciles” ilícitas para alcanzar ciertos niveles de consumo – la pinta y el gasto en la mujer deseada-. La diferencia hoy en día estaría dada por la presencia del sistema escolar y la interacción cotidiana de la población en su conjunto con los medios de comunicación (sobre todo la televisión hoy en día)

Hay diferentes grupos de pares en las clases subalternas – también entre las clases medias – según tipos de actividades socializadoras y el grado de organización: desde los grupos informales de amigos de vecindario o barrio de corte lúdico, hasta organizaciones más relacionadas con diferentes actividades que generan ingresos, algunas de ellas ilegales. En el estudio de Urrea y Quintín (op.cit.) se observaron grupos de pares en edades que fluctuaban entre 12 y 24 años. Estos grupos reciben diversos nombres: *parche*, *gallada pandilla* y *banda* en Colombia, al igual que en Perú; *galera*, *gange*, *quadrilha* en Brasil; *galère* en Francia; *chavo banda* en Ciudad de México; *patota*, “*pibes chorros*”, *pungas* o *punguitas* en Argentina.

Dimensión de género y sexualidad masculina en el grupo de pares

Una característica central de estos grupos juveniles es su homofilia (Duret, 1996: 103), lo cual marca una condición estructural del género masculino. Domínguez (1999) lo señala para los *parches* de Siloé (barrio de Cali): no es el lugar en donde las mujeres de un barrio popular están, ni es el tipo de unidad básica de sus relaciones, ya que por lo general tienen grupos más pequeños y con menos manifestaciones de solidaridad. Las relaciones en el *parche* se hacen a través de los hombres: mientras los hombres siguen siendo miembros de la *pandilla* así no estén presentes, no sucede lo mismo con ellas, ya que sólo son del grupo en tanto permanezcan físicamente con ellos; paralelamente, los miembros del *parche* creen que las mujeres están con ellos debido al poder de sus miembros.

Estos grupos de jóvenes tienden a relacionarse con un territorio determinado del cual se ‘apropian’ (barrio, calles, parques, avenidas, etc., como anotan también Espinoza, 1999, en su estudio de Lima y Souto, 1997, para el caso de Rio de Janeiro). Este dominio territorial es interpretado por Fuller (2001: 143) como la posibilidad de ejercer control en el acceso a las mujeres del barrio mediante la expulsión de posibles rivales. Para una muchacha, por el contrario, el territorio es diferente, puesto que está menos circunscrita al espacio geográfico local. Al contrario, ellas viven el espacio barrial como algo que las aprisiona y que no les da poder (Domínguez, 1999: 24). Cuando una mujer está cerca o pertenece a una *pandilla*, su distanciamiento y salida no se asocia a la dificultad de encontrar al hombre adecuado, sino con salir del barrio. Esto coincide con los hallazgos de otros investigadores que detectan esta lógica de circulación de las mujeres de todas las edades hacia el exterior del barrio y moviéndose en muchos espacios de la ciudad (Agier, 1995), a diferencia de lo que sucede con los hombres. Además, pueden incluso ser más centrípetas las interacciones de los jóvenes que

los de los hombres adultos, pues éstos mantienen interacciones con el mundo del trabajo que los obliga a desplazarse fuera del barrio.

Las relaciones de las chicas con los grupos de pares de los jóvenes son ambivalentes: por un lado se sienten impresionadas por la vida en la *pandilla*, atraídas por el dinero que algunos de los miembros consiguen en actividades ilícitas y que derrochan con ellas; por otro lado, casi siempre tienen dudas sobre el tipo de protección que ellas puedan recibir de los muchachos. Por ejemplo, las muchachas embarazadas novias de los *pandilleros* no tienen claro si ellos les van a ayudar, pues saben que ellos están más preocupados por sus amigos y las armas. Su esperanza reside en que la familia de ellos sí les colabore (usualmente lo hace la madre del que la ha embarazado). También es frecuente que sus deseos de entrar en la *pandillas* estén asociados a la posibilidad de salir de sus casas, donde ellas son más controladas que los hombres y donde se encuentran más subordinadas en el seno del hogar (Domínguez, 1999: 27-28). Los muchachos son estimulados incluso por sus madres para que salgan a la calle. Sin embargo, las relaciones jerárquicas de género pesan enormemente al punto que, mientras los jóvenes de los grupos de pares defienden la igualdad entre ellos, no la aceptan para las mujeres (Duret, 1996: 176).

Por otro lado, cuando los chicos están en medio del *parche* con sus amigas o novias no se muestran nunca como pareja; tampoco suele vérselos juntos por separado (Domínguez, 1999; Urrea y Quintín, op.cit.). Ello nos remite al fenómeno de la homofilia entre los grupos de pares masculinos como una de sus características estructurales, con una incidencia socializadora intensa en las generaciones de estos hombres debido a su mayor continuidad en la vida del joven. Vale la pena destacar que esta homofilia (homogeneidad sexual dentro del grupo de amigos) está a su vez fuertemente asociada a la homofobia. Esta es precisamente la forma de garantizar “comportamientos de hombres” entre los pares, evitando así la pérdida de la diferencia bipolar género-sexo: se está entre hombres para comportarse “como hombre”.

Esta organización, con la consiguiente exclusión de las mujeres, también se traslada a otros espacios del ciclo de vida y grupos sociales. Coincidimos con Viveros y Cañón (1997:137), en sus conclusiones respecto a hombres adultos negros de clases medias colombianas:

...el análisis tanto de los ejes narrativos, de los ritos de iniciación y de las pruebas de virilidad de los hombres entrevistados pone de presente en este grupo etéreo (es necesario advertir que el estudio de los dos autores es con hombres mayores de 40 años) que la masculinidad se construye únicamente en referencia a la competencia, la rivalidad y la posibilidad de conflicto con otros hombres. Las mujeres sólo están presentes en sus narraciones como seres a los que hay que proteger o como objetos de placer. En su subjetividad, las mujeres no son sus equivalentes, razón por la cual el lugar que se les asigna en sus relatos tiene por efecto confirmar la supremacía masculina y mantener a las mujeres en una posición subordinada y desvalorizada... Los testimonios recogidos muestran que el

imaginario de estos varones en relación con la masculinidad le asigna un lugar preponderante a la exhibición de la potencia y rendimiento sexuales y a la presentación de ellos como seres eminentemente sexuales.

Así, la valoración que se hace de las mujeres se establece entre seres que hay que proteger (la esposa, la madre) y objetos de placer (la prostituta, la amante), lo que forma parte del juego ideológico en el amor romántico - que escinde el amor del eros, confinando el primero al hogar y el segundo al espacio público de la sexualidad ilegítima pero permitida al hombre -. Esto se acompaña del ejercicio competitivo, básicamente intra-masculino, a partir del 'alarde' de la masculinidad que ofrecen los grupos de pares.

De acuerdo con lo analizado previamente, en el grupo de pares se articulan la homofilia (que conlleva una intensa homofobia), la cual se sustenta en una separación radical sexo-género en el sentido tradicional y por lo tanto, una afirmación de la dominación masculina (cualesquiera de los miembros del grupo debe hacer prueba de hombría, de virilidad, rechazando toda contaminación "femenina"). A menor capital cultural, en condiciones de marginalidad o exclusión social, la producción y re-afirmación identitaria masculina pasa por la corporalidad y el sentido práctico, y es más fuerte la dominación masculina. Por lo mismo, la condición femenina es más desigual y todo intento de modificarse es censurado. En las clases populares en condiciones de marginalidad social, la familia, la escuela y el trabajo son instituciones relativamente precarias, muchas veces con escasa capacidad de incidencia en la generación de atributos masculinos, si bien algunas figuras femeninas como la madre juegan un papel sobresaliente, pero como objeto idealizado que es condescendiente y protector, de acuerdo a las condiciones existentes.

Finalmente Hoggart (op. cit.: 143-146) apunta a una serie de ejercicios de la sexualidad que predominan en las clases populares y las diferencian de las clases altas y medias. "...la vida sexual es aquí menos escondida (en las clases populares) y las experiencias sexuales se hacen más temprano y más fácilmente que en las otras clases. Pero estos comportamientos coexisten, como lo indican todas las encuestas sociológicas, con una gran timidez en la discusión "franca" del tema o en ciertos aspectos de la vida sexual: el pudor popular se ofusca de la desnudez del cuerpo, aún en el acto sexual, y manifiesta un alejamiento ante los refinamientos del erotismo. Todavía hoy en día, ciertas familias populares se abstienen casi completamente de hacer la educación sexual de sus hijos, esperando que la calle "se encargue de ello". Para este autor los sectores populares no tienen sin embargo recato en hablar abiertamente de sus proezas sexuales, especialmente los hombres. Además *"alrededor de los diez años los chicos son rápidamente iniciados sexualmente por sus mayores, primero en el interior de la banda (grupo de pares), luego por los camaradas de trabajo. Inevitablemente para estos muchachos el acento está puesto sobre los placeres del sexo y sobre los peligros tan peligrosos como deliciosos (.....) a partir de los trece años, los chicos de las clases populares hablan más a menudo de sus aventuras sexuales y se transmiten el nombre de las chicas que "tocan" o con*

quienes se “acuestan”. A los diez y ocho años, cualesquiera de los muchachos tiene ya un largo pasado sexual.....”. (cursiva mía).

La fuerza y la virilidad como ‘capital de honor’ y el ejercicio de la violencia

El más bravo es el que lo encañona [quien le apunta con el arma a la víctima], el que va carácter, porque va más de uno que va cagao [asustado]. Si uno le sale primero y lo coge hay que llevarlo porque va carácter... Yo aprendí viendo a Harold, un amigo mío. ¡Uf! Ese man cuando los coge hay veces les da puño; entonces yo aprendí viéndolo a él y allí más de uno lo respeta allá en el barrio... El finadito Bolita, al que abría la boca lo mataba y así sea del barrio, al que se colocaba de sapo lo mataban también (Michel, 15 años)¹⁰.

Hay toda una serie de componentes ideológicos que forman parte de las prácticas cotidianas de estos grupos de jóvenes y que a nuestro juicio son fundamentales en la construcción de las identidades masculinas hegemónicas en los sectores populares, con significativas repercusiones en su combinación con fragmentos del amor romántico.

En primer lugar, la fuerza aparece como la capacidad física disuasiva (mediante el cuerpo o a través de armas blancas o de fuego) en el territorio que controla el grupo de pares, así como en el establecimiento de la jerarquía interna del grupo. Esta fuerza física está asociada a veces a la práctica de deportes de combate (boxeo, artes marciales, etc.) o de grupo (fútbol, baloncesto) en los que se demanda un excelente desempeño individual (Fuller, 2001: 153). En segundo lugar, con la fuerza viene aparejada “la valorización permanente de los valores viriles [que] coloca a los jóvenes, a menudo desde la infancia, a confrontarse en una prueba de principios [....]. La dignidad no es solamente una cuestión de honor, ella propone un sustituto en la identidad, ser respetado es ser alguien. La susceptibilidad sirve como primera marca indispensable del apego a su honor” (Duret, 1996: 12-14). Por eso, entre la fuerza y la virilidad está en juego un ‘capital de honor’ que no es sólo un bien individual, como sentirse y ser percibido hombre en el grupo, sino un bien colectivo del grupo particular al que se pertenece: “la fuerza permite también asegurar el prestigio de una comunidad a medida que ponga más atención a su capital de honor, cuando ella es estigmatizada” (Duret, 1996: 15), y para las sociedades peruana y colombiana llegan a conclusiones similares Fuller (2001), Castro (1999), Santos (1999), Domínguez (1999) y Urrea y Quintín (op. cit.). La comunidad más importante en los jóvenes de las clases subalternas es el grupo de pares y en forma más ampliada, la cohorte de chicos en edades cercanas del vecindario.

Lo anterior nos remite al fenómeno de virilidad y violencia, advertido agudamente por Bourdieu (1998: 56-57), “la *virilidad*, entendida como capacidad reproductiva, sexual y social, pero también como aptitud en el combate y en el ejercicio de la violencia (notablemente en la venganza), es ante todo un *cargo*. Por oposición a la

¹⁰ / Tomado de Urrea y Quintín (op. cit.).

mujer - cuyo honor, esencialmente negativo, sólo puede ser defendido o perdido, y su virtud siendo sucesivamente virginidad y fidelidad - el hombre “verdaderamente hombre” es aquél que siente estar a la altura de la posibilidad que se le ofrece de acrecentar su honor, buscando la gloria y la distinción en la esfera pública. La exaltación de los valores masculinos tiene como contrapartida tenebrosa los temores y las angustias que suscita la feminidad: estar débil y principios de debilidad en cuanto es la encarnación de la *vulnerabilidad* del honor, de la *h'urma*, sagrada izquierda (femenina, por oposición a la sagrada derecha, masculina), las mujeres - siempre expuestas a la ofensa - son también así fuertes en todas las armas de la debilidad, como la artimaña diabólica, *thah'raymith*, y la magia”. La virilidad entonces está continuamente expuesta a ser vulnerable y los hombres deben siempre asumirla a través de la práctica de la violencia, sobre todo entre los jóvenes de menores capitales cultural y económico.

Bourdieu (op. cit.) advierte que «las solidaridades viriles » son predominantes en las bandas o grupos de pares de adolescentes, entre los cuales son frecuentes las violaciones colectivas, que constituyen una variante desclasada de la visita colectiva al burdel en los adolescentes burgueses.

Según Duret (1996:100), la amistad entre los miembros del grupo “parece mejor existir en un mundo saturado de fuerzas, de temores y miedos. Lejos de ser gratuita, si ella se diera, la amistad se inscribiría en un estricto cálculo de relaciones de fuerza. [...] la fuerza física no está automáticamente pacificada y domesticada; ella se despliega abiertamente sometiendo a los jóvenes a su ley, exponiéndolos al terror de las violencias más poderosas y a la tentación de abusar de los más débiles”. En este contexto precisamente pesa de modo significativo el capital de honor basado en la pareja fuerza-virilidad en la construcción de los géneros, que opone al hombre y la mujer, y estimulando la hipermasculinidad y la homofobia, a través del reforzamiento de las interacciones en el grupo de pares y con ello, de las prácticas de homogeneidad sexual de los hombres.

De esta manera, la hipermasculinidad está articulada a formas fragmentarias pero resistentes del amor romántico, mediante el mecanismo de idealización de la mujer por parte de los jóvenes. Debido a ello, mientras que la violencia contra las mujeres y los homosexuales se desenvuelve por “necesidad”, en realidad, se trata de garantizar la manutención de la dominación masculina y por lo tanto el orden género-sexo hegemónico, entre los hombres la violencia forma parte de la acumulación de capital de prestigio u honor: se compite “entre hombres”.

Ahora bien, si retomamos la perspectiva de N. Elias (1982, 1991 y 1997) sobre el proceso global civilizatorio como sometimiento de la fuerza en todas sus expresiones, con el surgimiento de mecanismos colectivos sociogenéticos de autocontrol psíquico, entonces los espacios de socialización entre pares de los jóvenes en las sociedades capitalistas, especialmente en las clases subalternas, en determinadas condiciones, configuran modalidades de sociabilidad a través de grupos de pares opuestas al proceso general, en las que la fuerza, la virilidad y lo que esté asociado a ellas establecen las jerarquías de poder y legitimidad, y como

tal pueden ser vistas como tendencias descivilizatorias (Mennell, 1997: 213-236), las que pueden llegar a ser más profundas cuando afectan a una población por más de una generación. En una dirección similar R. Chartier (1994: 22-23), en el prólogo al libro de Elias y Dunning sobre el deporte, y refiriéndose a la violencia de los fanáticos del fútbol, señala que correspondería:

“a una menor valorización y una menor capacidad del autocontrol de las pulsiones de una parte de la población que, por su posición de exclusión o de marginalización, no ha logrado el estadio del proceso de civilización que es el de la mayor parte de la sociedad en la cual ella vive [...] Un lazo fundamental asocia por lo tanto los comportamientos brutales, prohibidos y reprensibles: un habitus social que, lejos de haber interiorizado el control necesario de la agresividad, le reconoce a la violencia un valor, y una posición de “outsiders” en el mundo social, por fuera de dispositivos institucionales o sociales que instalan en los mecanismos de control del yo”. (cursivas mías).

Bibliografía

AGIER, Michel (1995) "Lugares y redes. Las mediaciones de la cultura urbana", en Revista Colombiana de Antropología. Vol. XXXII, ICAN, Bogotá, pp.221-243.

BOURDIEU, P. (1998) La domination masculine, Seuil, Paris.

BOURDIEU, P. (2001 1983) « Appendice : Vous avez dit « populaire » ? en : Langage et pouvoir symbolique, Éditions Fayard, Paris. pp: 132-151. En 1983 en Actes de la recherche en sciences sociales, 46 (mars 1983), p. 98-105.

CASTRO, Raúl (1999) "Un día de partido. Comunidades sentimentales y rituales violentos en la Trinchera Norte". En Juventud: sociedad y cultura. Editores: Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel. Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e IEP (Instituto de Estudios Peruanos), Lima: 173-222.

CHARTIER, Roger (1994), avant-propos à Sport et civilisation. La violence maîtrisée. N. Elias et E. Dunning, Éditions Fayard, Paris, pp. 22-23.

CHEVALIER, Louis (1978) Classe laborieuse, Classe dangereuse á Paris, pendant la première moitié du XIX siècle, Paris, Hachette, coll. « Pluriel ».

DOMÍNGUEZ, Marta (1999) "A gendered analysis of gangs in Siloe", Disertación de tesis de Maestría en la London School of Economics and Political Science, London, pp. 35.

DUBET, François (1987) La Galère : Jeunes en Survie. Fayard, Paris.

DURET, Pascal (1996) Anthropologie de la fraternité dans las cités, PUF, Paris.

ELIAS, Norbert (1982) Sociología fundamental, Gedisa, Barcelona.

ELIAS, N.(1991) La Société des individus, Fayard, Paris.

ELIAS, N. y SCOTSON, John (1997) Logiques de L'exclusion. Fayard, Paris.

ESPINOZA, Atilio (1999) "Mi barrio es zona *crema*: territorialidad y conflicto en un grupo barrial de la Trinchera Norte". En Juventud: sociedad y cultura. Editores: Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel. Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e IEP (Instituto de Estudios Peruanos), Lima: 223-268.

FULLER, N. (2001) Masculinidades: cambios y permanencias, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

GENDROT, Sophie (1994) Ville et Violence. Presses Universitaires de France, Paris.

GRIGNOM, Claude y PASSERON, Jean-Claude (1989) Le Savant et le Populaire : Misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature, Éditions du seuil.

GOFFMAN, E. (1974) Frame Analysis: An essay on the organization of experience, Harvard University Press, Cambridge, Mass

HOGGART, Richard (1970) La Culture du Pauvre : études sur le style de vie des classes populaires en Angleterre, Les éditions de minuit, Paris.

LAGRANGE, Hughes (1995) La Civilité a l'épreuve : crime et sentiment d'insecurité. Presses Universitaires de France, Paris.

LANDESCO, J., (1979, 1929) Organized crime in Chicago, Part III of the Illinois Crime Survey 1929, Chicago, Illinois Association for Criminal Justice, pp. 815–1100.

LEVI, Giovanni y SCHMITT, Jean-Claude (1996) « Introduction » en Histoire des Jeunes en Occident : de l'Antiquité à l'Époque Moderne, Tome 1, Éditions du Seuil, Paris, pags : 7-17.

MENNELL, Stephen (1997) “L'envers de la médaille : les processus de décivilisation”, en Norbert Elias : La politique et l'histoire, sous la direction de Alain Garrigou et Bernard Lacroix. La Découverte, Paris, pp. 213-236.

PERROT, Michelle (1996) « La jeunesse ouvrière : de l'atelier à l'usine » en Histoire des Jeunes en Occident : de l'Antiquité à l'Époque Moderne, Tome 1, Éditions du Seuil, Paris, pp : 85-142.

RECKLESS, W. C. (1969, 1933) Vice in Chicago. Chicago, University of Chicago Press, 2 ed. Montclair, NJ, Patterson Smith.

SANTOS, Martín (1999) “Vergüenza y conflicto en grupos de pandilleros de un barrio popular de Lima”. En Juventud: sociedad y cultura. Editores: Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel. Pontifica Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e IEP (Instituto de Estudios Peruanos), Lima: 273-315.

SHAW, C.R. (1966 1930) The Jack-Roller: A Delinquent boy's Own Story, Chicago, University of Chicago Press.

SHAW, C.R., McKAY H. et all (1969 1942) Delinquency Areas, Chicago, University of Chicago Press.

SCHINDLER, Norbert (1996) « Les gardiens du désordre : Rites culturels de la jeunesse à l'aube des Temps modernes » en Histoire des Jeunes en Occident : de l'Antiquité à l'Époque Moderne, Tome 1, Éditions du Seuil, Paris, pp : 277-329.

SOUTO, Jane (1997) “Os Outros Lados do *Funk Carioca*”. En Galeras Cariocas. Territorios de conflictos e encontros culturais. Organização: Hermano Vianna. Editora UFRJ. Rio de Janeiro: 59-93.

URREA, Fernando y QUINTIN, Pedro (2000) “Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales”, F. Chagas/Cidse-Univalle, Cali, 291 páginas.

VIVEROS, Mara y CAÑON D., William [1997] “Pa’Bravo... yo soy candela, palo y piedra. Los Quibdoseños”, en Masculinidad/es. Poder y Crisis, Ediciones de las mujeres No.24, Teresa Valdés y José Olavarría (eds), Santiago, Chile, pp.125-138.

WHYTE, William F. (1955 1943) Street Corner Society. The Social Structure of an Italian Slum, University of Chicago Press, Chicago..